

ALGUNOS EFECTOS DE LA CRISIS DE PALESTINA

Hacemos notar a nuestros lectores que esta crónica de Eduardo Haro fue recibida en nuestra redacción pocas horas antes de producirse la ruptura de hostilidades entre Israel y la RAU. En la sección «En punto» hacemos referencia a este último hecho.

LA crisis de Palestina, entre sus muchos efectos secundarios, ha resultado un disolvente más arrojado sobre los difíciles intentos de coagulación de la unidad de la izquierda. Lógicamente estos efectos se perciben con mayor claridad y definición en Francia, donde las fuerzas ideológicas de la izquierda intentan desde hace tiempo una reagrupación con fines tácticos y electorales, pero sin que estas necesidades materiales hayan podido hasta ahora forzar una unión programática. Ciertos temas de política internacional de carácter agudo han podido suministrar algún motivo de acuerdo a la izquierda. Recientemente, el caso de Grecia. Permanentemente, el del Vietnam. Son temas relativamente fáciles, en los que incluso la derecha —excepto aquella que toca muy directamente el fascismo— está de acuerdo. Condenar la intervención americana en el Vietnam y las características del golpe de Estado antidemocrático de Grecia son ideas comunes ya en el mundo, aunque hubiese un tiempo en que no fueran.

Pero la crisis de Palestina presenta perfiles muy distintos. El Estado de Israel despierta simpatías de muy diversa índole entre distintos grupos de izquierda. Muy marcadamente en los socialistas. Existe, en primer lugar, la muy considerable solidaridad entre el Estado de Israel y la raza judía. En teoría, son dos factores distintos del mundo actual. En la práctica no es así. En las sinagogas de todo el mundo se pide al Dios de los Ejércitos que ayude a Israel en estos momentos difíciles; la alta banca añade dólares a sus oraciones; los intelectuales judíos ejercen, en la medida de sus posibilidades, la máxima presión de propaganda en favor de Israel. La nueva izquierda —especialmente la izquierda francesa, y la de Estados Unidos— cuenta con judíos entre sus intelectuales más preciados —profesores, científicos, escritores, periodistas—. Aunque no fuese así, la palabra «judío» despierta profundos ecos de simpatía y de solidaridad en todos los grupos de izquierdas, aunque no sea más que por el reciente e increíble martirio de ese pueblo, aunque no fuese más que por el extraordinario poder de fascinación de los grandes inteligencias judías afloradas en estos últimos años. La misma situación abstracta de los ciudadanos del Estado de Israel es de las que evocan simpatías sentimentales en las mentalidades de la izquierda: la larga y lenta lucha por afincarse en un medio hostil, la movilización socialista de sus recursos, su situación de minoría. A todas estas enormes confusiones de carácter ideológico hay que sumar las conclusiones políticas. Fue un Gobierno socialista, el de Guy Mollet —que sigue siendo presidente del partido, y que es una figura relevante en la Federación de Izquierdas—, el que inició la expedición militar contra Egipto (crisis del Canal de Suez) mediante una alianza con Israel. El Gobierno socialista cubría de

esta forma los intereses puramente capitalistas de la Compañía del Canal de Suez, nacionalizada por Nasser; al mismo tiempo, intentaba lo que debía ser la destrucción del aliado más poderoso de Argelia, cuya independencia combatía Francia. «Durante quince meses, Francia vivió el espectáculo extraordinario de un presidente del Consejo socialista conduciendo una guerra colonial de represión. La derecha estaba enormemente satisfecha de ver a Mollet conservar su puesto; encontraba infinitamente cómodo que la izquierda llevase todo el peso de una política reaccionaria». «En otoño se produjo la expedición de Suez; una vez más, Mollet se puso de buen grado al paso de los imperialistas. Su distrés de Gobierno socialista se hizo así el más duradero de la IV República, con el apoyo de la izquierda democrática y la tolerancia de la derecha». «La expedición de Suez fue el canto del cisne del imperialismo clásico. Sus propios autores se quedaron sorprendidos por las reacciones vehementes que provocó, creando de pronto un sólido frente de oposición entre las naciones afroasiáticas. Suez mostró que nunca más podrían los europeos la fuerza contra los "indígenas", según las técnicas antiguas» (H. Stuart Hughes, «Contemporary Europe, A History», Prentice-Hall Inc., Englewood Cliffs, N. Jersey, 1961). En aquel momento histórico en que las fuerzas anglo-francesas, en colusión con las israelitas, penetraban en territorio egipcio, se produjeron unas reacciones muy importantes. Aparte de la soviética, que advirtió claramente que la fuerza de sus cohetes nucleares podría castigar a las naciones atacantes, estuvo la del laborismo británico que, en la oposición, combatió duramente al Gobierno intervencionista; y los Estados Unidos condenaron tan severa y tan eficazmente la expedición —astutamente realizada en vísperas de las elecciones presidenciales de Estados Unidos— que ésta tuvo que terminar.

Una coyuntura nueva en el mundo da un aspecto diferente a esta crisis que se produce diez años después. Estados Unidos, ahora, apoya a Israel, aunque moderadamente, porque teme que un exceso de audacia israelita precipite una guerra que supondría la apertura de un segundo frente para los Estados Unidos, imposible de soportar; la derecha francesa, dirigida por el Presidente De Gaulle, puede mostrarse favorable —también discretamente— a los países árabes, ya sin la hipoteca argelina y con el deseo de no perjudicarse ante los ojos del Tercer Mundo, y llevada por su insistente doctrina de mantener el desafío a los Estados Unidos. Es curioso advertir que uno de los motivos del resentimiento francés contra Estados Unidos se centra precisamente en la presión ejercida por ellos contra la intervención francesa en Egipto, y se revela ahora en un sentido y una dirección contrarios a la de hace diez años. En cambio, el laborismo británico, transformado por el poder y por la dirección de Wilson, se manifiesta abiertamente pro-israelita, llevado a unos puntos de vista típicamente reaccionarios por su alianza hasta la muerte con los Estados Unidos, que ha destrozado la fuerza ideológica del laborismo como en otros tiempos destrozó la del socialismo francés de Guy Mollet.



**por
EDUARDO
HARO
TEGLEN**

Fuerzas blindadas de la República Árabe Unida tomando posiciones en la región del Sinaí, en las proximidades de la frontera con Israel.

Es decir, que mientras los puntos fijos del drama palestino, de la lucha a lo largo de unas fronteras y por unos intereses concretos, las posiciones respectivas de Egipto —y sus solidarios árabes— y de Israel no han variado, en cambio son enteramente distintas las relaciones exteriores de fuerzas. Estados Unidos ha convertido a Israel en punto de apoyo para su lucha contra un ala revolucionaria del Tercer Mundo; el Gobierno laborista británico les apoya tanto por mantener su moneda como por sus intereses coloniales —Aden, el petróleo del Golfo Pérsico—; el Gobierno francés sostiene a los árabes como parte de su desafío global frente a la hegemonía occidental de Estados Unidos, al tiempo que reafirma su amistad con los países del Tercer Mundo; la U.R.S.S. anuncia su solidaridad con los árabes sin lugar a ningún equívoco, pero no ha pronunciado aún la fatídica expresión de «cohetes nucleares» que utilizó en la crisis de Suez. Este cambio de posiciones nos enseña por una parte en qué medida ha cambiado el mundo durante los últimos diez años; por otra, nos permite constatar que en toda crisis hay unos elementos constantes, permanentes, y otros coyunturales, oportunistas.

Las razones que mueven a la izquierda francesa —no comunista— a sostener al Estado de Israel son, como antes queda dicho, en parte sentimentales y en parte históricas. Pero no son coyunturales. Son anacrónicas en el sentido de que no tienen en cuenta que el aspecto actual de la situación es el de la utilización de un territorio —el Estado de Israel— como base y cabeza de puente de un imperialismo frente a un intento revolucionario de unas naciones proletarias, como son los países árabes; ni siquiera su necesidad de unión con las fuerzas de la izquierda comunista. Estas son más sutiles en su interpretación de los hechos. El grupo parlamentario comunista francés ha hecho una declaración en la que dice: «Tras un examen de la situación, los diputados consideran que hay peligros para la paz en las intrigas, las presiones y los actos de los imperialistas norteamericanos que, mientras intensifican su agresión en el Vietnam, utilizan a los actuales gobernantes de Israel para sus objetivos imperialistas». Es decir, que discriminan y separan el pueblo de Israel de «sus actuales gobernantes», y achacan

la responsabilidad mayor no a éstos, como simples marionetas, sino a los norteamericanos que explotan su difícil situación. Los intelectuales de la izquierda no comunista son conscientes de su propia contradicción ideológica, histórica y coyuntural. Lo revelan las vagas líneas de un manifiesto firmado por algunos muy significativos de entre ellos: «Los intelectuales franceses que firman aquí, que creen haber demostrado que han sido amigos de los pueblos árabes y al mismo tiempo adversarios del imperialismo norteamericano, en estos momentos, sin identificarse con todas las posiciones de los dirigentes del Estado de Israel, comprueban que dicho Estado está dando pruebas de sangre fría y de una evidente voluntad de paz...».

No menos flagrantes que estas contradicciones de la izquierda —que no son privativas de Francia— lo son las de la derecha. Que ciertas organizaciones en cuyos programas figure oficialmente el antisemitismo —como la John Birch Society, como los grupos nazis alemanes y los neofascistas italianos— se manifiesten ahora en favor de Israel y en contra de los países árabes, que fueron en los recientes tiempos de la II Guerra Mundial aliados de los alemanes nazis, tanto por antisemitismo como por deseo de combatir a sus entonces ocupantes franceses y británicos, no es una contradicción menor. Que los judíos habitantes de Israel, procedentes en un enorme porcentaje de la persecución alemana, intercambien embajadores con Bonn al mismo tiempo que los países árabes retiran los suyos de la República Federal, no es tampoco demasiado fácil de comprender. De esta confusión está hecha nuestra época de cambio, de transición. Sin embargo, merece la pena señalar una constante: la derecha, el imperialismo, o como se quiera llamar a ese tipo de fuerzas, que se suelen definir como defensores constantes del mundo de lo espiritual, están siempre más dispuestas a dejar a un lado sus doctrinas políticas, sus ideologías y sus premisas abstractas para unificarse en defensa de unos intereses concretos y materiales que las izquierdas, acusadas siempre de un materialismo bruto y que en cambio son siempre capaces de abandonar sus intereses propios y sus conveniencias en defensa de unos ideales abstractos, a veces simplemente míticos y arcaicos.